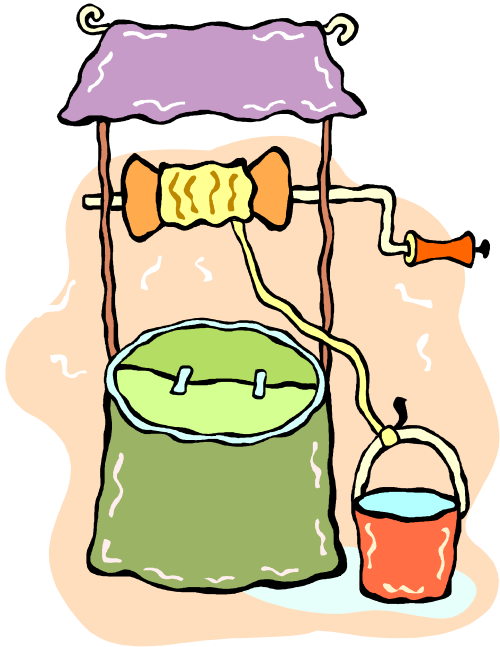


El pozo



Un hombre cayó en un pozo y no podía salir;

Una persona SUBJETIVA se acercó y dijo: “Me identifico con tu situación”

Una persona OBJETIVA se acercó y dijo: “Es lógico que alguien haya caído ahí dentro”

Una persona AUTOCOMPASIVA se acercó y dijo: “No es nada comparado con mi pozo”

Una persona OPTIMISTA se acercó y dijo: “Las cosas

podían estar peor”

Una persona PESIMISTA se acercó y dijo: “Las cosas van a empeorar”

Un FARISEO se acercó y dijo: “Solo la gente mala cae en el pozo”

Un FUNDAMENTALISTA se acercó y dijo: “Merece estar en el pozo”

Un MATEMÁTICO se acercó y calculó cómo se había caído en el pozo

Un PERIODISTA se acercó y quería la historia exclusiva del pozo

Un FÍSICO se acercó, midió la altura y dijo: “ la caída ha durado, exactamente, tantos segundos”

Un RECAUDADOR DE IMPUESTOS se acercó y preguntó si estaba pagando los gravámenes del pozo

Un CARISMÁTICO se acercó y dijo: “Sólo confiesa que no estás en el pozo.”

Pero llegó JESÚS, SE ACERCÓ Y VIENDO AL HOMBRE LO TOMO DE LA MANO Y LO SACÓ DEL POZO.

EN EL ANDEN DE LA VIDA

Cuando aquella tarde llegó a la vieja estación le informaron que el tren, en el que ella viajaría, se retrasaría aproximadamente una hora.

La elegante señora, un poco fastidiada, compró una revista, un paquete de galletas y una botella de agua para pasar el tiempo. Buscó un banco en el andén central y se sentó preparada para la espera.

Mientras hojeaba su revista, un joven se sentó a su lado y comenzó a leer un diario. Imprevistamente, la señora observó como aquel muchacho, sin decir una sola palabra, estiraba la mano, agarraba el paquete de galletas, lo abría y comenzaba a comerlas, una a una, despreocupadamente.

La mujer se molestó por esto, no quería ser grosera, pero tampoco dejar pasar aquella situación o hacer la cuenta que nada había pasado; así que, con un gesto exagerado, tomó el paquete y sacó una galleta, la exhibió frente al joven y se la comió mirándolo fijamente a los ojos.

Como respuesta, el joven tomó otra galleta y mirándola la puso en su boca y sonrió. La señora ya enojada, tomó una nueva galleta y, con ostensibles señales de fastidio, volvió a comer otra, manteniendo de nuevo la mirada en el muchacho.

El diálogo de miradas y sonrisa continuó entre galleta y galleta.

El dialogo de miradas y sonrisa continuó entre galleta y galleta.



La señora cada vez mas irritada, y el muchacho cada vez más sonriente.

Finalmente, la señora se dio cuenta de que el paquete sólo quedaba la última galleta.

No podrá ser tan "descarado", pensó mientras miraba alternativamente al joven y al paquete de galletas. Con calma el joven alargó la mano, tomó la última galleta, con mucha suavidad, la partió exactamente por la mitad. Así, con un gesto amoroso, ofreció la mitad de la última galleta a su compañera de banco. ¡Gracias! - dijo la mujer tomando con rudeza aquella mitad. "De nada" - contestó el joven sonriendo suavemente mientras comía su mitad - Entonces el tren anunció su partida

La señora se levantó furiosa del banco y subió a su vagón. Al arrancar, desde la ventanilla de su asiento vio al muchacho todavía sentado en el andén y pensó: "¡Qué insolente, que mal educado, que ser de nuestro mundo!".

Sin dejar de mirar con resentimiento al joven, sintió la boca reseca por el disgusto que aquella situación le había provocado. Abrió su bolso para sacar la botella de agua y se quedó totalmente sorprendida cuando encontró, dentro de su cartera, su paquete de galletas **INTACTO**.

¡Cuántas veces nuestros prejuicios, nuestras decisiones apresuradas nos hacen valorar erróneamente a las personas y cometer las peores equivocaciones!

¡Cuántas veces la desconfianza, ya instalada en nosotros, hace que juzguemos, injustamente, a personas y situaciones, y sin tener un por qué, las encasillamos en ideas preconcebidas, muchas veces tan alejadas de la realidad que se presenta...!

LA VENTANA

Dos hombres, ambos seriamente enfermos, ocupaban la misma habitación de un hospital.

A uno de ellos se le permitía sentarse en su cama una hora cada tarde para ayudar a drenar los fluidos de sus pulmones. Su cama estaba junto a la única ventana del cuarto. El otro hombre debía permanecer todo el tiempo en su cama tendido sobre su espalda.

Los hombres hablaban por horas y horas. Hablaban acerca de sus esposas y familias, de sus hogares, de sus trabajos, su servicio militar, de cuando ellos habían estado de vacaciones.

Y cada tarde en la cama cercana a la ventana, podía sentarse, se pasaba el tiempo describiéndole a su compañero de cuarto las cosas que él podía ver desde allí. El hombre en la otra cama, comenzaba a vivir, en esos pequeños espacios de una hora, como si su mundo se agrandara y reviviera por toda la actividad y el olor del mundo exterior. Se divisaba desde la ventana un hermoso lago. Cisnes, personas nadando y niños jugando con sus pequeños barcos de papel.

Jóvenes enamorados caminaban abrazados entre flores de todos los colores del arco iris.

Grandes y viejos árboles adornaban el paisaje y una ligera vista del horizonte en la ciudad podía divisarse a la distancia.

Como el hombre de la ventana describía todo esto con exquisitez de detalle, el hombre de la otra cama podía cerrar sus ojos e imaginar tan pintorescas escenas. Una cálida tarde de verano, el hombre de la ventana le describió un desfile que pasaba por allí.

A pesar de que el otro hombre no podía escuchar a la banda, él podía ver todo en su mente, pues el caballero de la ventana le representaba todo con palabras tan descriptivas.

Días y semanas pasaron. Un día, la enfermera de la mañana llegó a la habitación llevando agua para el baño de cada uno de ellos, únicamente para descubrir el cuerpo sin vida del hombre de la ventana, el mismo que había muerto tranquilamente en la noche mientras dormía. Ella se entristeció mucho y llamó a los dependientes del hospital para sacar el cuerpo.

Tan pronto como creyó conveniente, el otro hombre preguntó si podía ser trasladado cerca de la ventana. La enfermera estaba feliz de realizar el cambio, luego de estar segura de que estaba cómodo, ella le dejó solo. Lenta y dolorosamente se incorporó apoyado en uno de sus codos para tener su primera visión del mundo exterior. Finalmente, iba a tener la dicha de verlo por sí mismo. Se estiró para, lentamente girar su cabeza y mirar por la ventana que estaba junto a la ventana. Él vio una pared blanca. El hombre preguntó a la enfermera que pudo haber obligado a su compañero de cuarto a describir tantas cosas maravillosas a través de la ventana. La enfermera le contestó que ese hombre era ciego y que por ningún motivo él podía ver esa pared. Ella dijo. "Quizá él solamente quería darle ánimo."

Hay una tremenda felicidad al hacer a otros felices, a pesar de nuestros propios problemas. Compartir las penas es dividir el sufrimiento, pero compartir la felicidad es duplicarla. Si quieres sentirte afortunado simplemente cuenta todas las cosas que tienes y que el dinero no puede comprar. "Hoy es un regalo, es por eso que se llama EL PRESENTE."

